

VISITAS
AL
SANTISIMO SACRAMENTO
Y A
MARIA SANTISIMA
PARA TODOS LOS DIAS DEL MES
POR
SAN ALFONSO MARIA DE LIGORIO
AUMENTADAS CON LAS VISITAS A SAN JOSÉ

10.^a Edición

Editorial
APOSTOLADO MARIANO
Recaredo, 44 – 41003 SEVILLA
Tel.: 954 41 68 09 – Fax: 954 54 07 78
www.apostoladomariano.com

CON LICENCIA ECLESIÁSTICA

ISBN: 978-84-7770-591-8

Depósito legal: M. 3.544-2011

Imprime: Impresos y Revistas, S. A.
(Grupo IMPRESA)

A MARIA, MADRE DE DIOS,
SIEMPRE VIRGEN
E INMACULADA

Santísima Reina mía, teniendo que editar este pobre librito mío, que trata del amor a vuestro Hijo, no he sabido a quién dedicarlo mejor que a Vos, Madre mía amadísima, que entre todas las criaturas fuisteis la primera enamorada de Él. Con este pequeño tributo que os ofrezco, movido por el único deseo de que Jesucristo sea cada vez más amado de las almas, me parece que complazco a vuestro Corazón, tan deseoso de verle a Él amado de todos como se merece. A Vos, pues, consagro este libro tal como es. Aceptadlo y protegedlo, haciendo no

que me resulte de alabanza entre los hombres, sino que los que lo leyeren correspondan en adelante con mayor devoción y afecto al tierno y extremado amor que nuestro dulcísimo Salvador quiso mostrarnos en su Pasión y en la institución del Santísimo Sacramento. Mientras tanto, lo pongo a vuestras plantas, y os ruego que tengáis por vuestro al don y al dador, quien hace mucho tiempo puso en Vos todas sus esperanzas, y quiere y espera, agradecidísima Señora, llamarse y ser por siempre vuestro amantísimo, aunque indignísimo siervo.

ALFONSO DE LIGORIO

(De la C. del S. R.)

AL LECTOR

Mi querido lector: Te ruego que no menosprecies este librito, compuesto por mí con sencillez, pues juzgué que así habría de ayudar a la devoción de toda clase de personas. Además, te ruego encomiendes al autor al Santísimo Sacramento, siempre que hagas uso de él en la visita al Santísimo, esté yo vivo o muerto. Yo te prometo que rogaré, en la celebración de la santa Misa, por cuantos me hicieren esta caridad.

INTRODUCCION

I.—DE LA VISITA AL SANTÍSIMO SACRAMENTO

La santa fe enseña, y tenemos obligación de creerlo, que en la hostia consagrada está realmente Jesucristo bajo las especies del pan. Pero también es necesario que entendamos que está en nuestros altares, como en un trono de amor y misericordia, para conceder gracias y para demostrar el amor que nos tiene, permaneciendo oculto día y noche entre nosotros.

Es sabido que la santa Iglesia instituyó especialmente con este fin la fiesta del Santísimo Sacramento, con octava solemne y con tal lujo de procesiones y exposiciones de su divina Majestad como entonces se hace, para que los hombres, con sus ofrendas, agradecimiento y afectos, reconozcan y honren esta amorosa presencia y habitación de Jesucristo en el Sacramento del altar.

¡Oh Dios, cuántas injurias y desprecios

ha tenido y tiene aún que sufrir el amable Redentor diariamente en este Sacramento y por parte de los mismos hombres por cuyo amor se quedó en los altares de la tierra! Mucho se lamentó de ello a su querida sierva Santa Margarita de Alacoque, como refiere el autor del libro de la devoción al Corazón de Jesús. Cierto día, cuando se hallaba ella ante el Santísimo Sacramento, Jesús le hizo ver su Corazón en un trono de llamas coronado de espinas y con una cruz encima, a la vez que le decía: «He aquí este Corazón, que tanto ha amado a los hombres y que nada perdonó para manifestárselo, hasta llegar a consumirse en el sacrificio, mientras que, en recompensa, no recibe de la mayor parte de ellos más que irreverencias, frialdades, sacrilegios y desprecios en este Sacramento del amor.» En seguida, Jesús le pidió que el primer viernes después de la octava del Corpus, para honrar a su adorable Corazón, se celebrase una fiesta especial, en la que las almas amantes se esforzaran en compensar con sus ofrecimientos y afectos los desprecios que recibe de los hombres en este Sacramento de los altares. Y le prometió abundantísimas gracias para los que le rindieran tal honor.

Esto confirma lo que el Señor dijo una vez por el profeta: Que encuentra sus de-

licias entre los hijos de los hombres. Y lo mismo confirma cuánto agradan al Corazón de Jesús quienes lo visitan a menudo y le acompañan en las iglesias donde se encuentra sacramentado.

A Santa María Magdalena de Pazzi le mandó que lo visitase treinta y tres veces al día en el Santísimo Sacramento, y esta amada esposa suya le obedeció, aproximándose al altar en cada visita cuanto podía, incluso corporalmente, según se lee en su *Vida*.

Todas las almas devotas que frecuentan la visita al Santísimo Sacramento hablen y cuenten las gracias, luces y fervor que allí reciben, y el paraíso de que gozan en la presencia de este Dios sacramentado. El siervo de Dios Padre Luis de Lanuza, gran misionero de Sicilia, era ya desde joven, e incluso de seglar, tan enamorado de Jesucristo, que no sabía separarse un momento de la presencia de su amado Señor, y eran tales las delicias que experimentaba, que, habiéndole su director mandado por obediencia que no estuviese allí más de una hora, acabada ésta, dice el autor de su *Vida*, manifestaba la gran violencia que sufría al apartarse del pecho de Jesucristo, como lo manifiesta el niño si la madre se lo retira cuando se encuentra tomándolo con más avidez. Y teniendo que

Marcharse, dicen que se quedaba en pie, mirando al altar, repitiendo las inclinaciones de cabeza, como si no acertara a despedirse de su Señor, cuya presencia le era dulce y grata.

También a San Luis Gonzaga le impusieron la obediencia de abreviar las visitas al Santísimo Sacramento, y cuando pasaba cerca del sagrario y se sentía suavemente atraído por su Señor, le decía con tierno amor: «*Apartaos de mí, Señor, apartaos de mí.*» Aquí también encontraba San Francisco Javier el descanso en las fatigas de las Indias, porque, habiendo empleado el día en ayuda de las almas, gastaba la noche en oración ante el Santísimo Sacramento. Igual solía hacer San Francisco de Regis, el cual, encontrando a veces cerrada la iglesia, se consolaba, no obstante, arrodillándose fuera, expuesto al agua y al frío, por acompañar, siquiera de lejos, a su Consolador sacramentado.

San Francisco de Asís, en todos los trabajos que pasaba, iba al instante a contárselos a Jesús Sacramentado. Asimismo fue ternísima la devoción del rey San Wenceslao al Santísimo Sacramento. Este rey estaba tan enamorado de Jesús Sacramentado, que no sólo recogía con sus propias manos el grano y la uva, sino que también elaboraba las hostias y el vino

que finalmente repartía para la celebración de las misas. Y por las noches, aun en invierno, iba a visitar las iglesias en que se encontraba el Santísimo, y su hermosa alma acumulaba tales llamas de amor divino, que hasta el cuerpo era participante del ardor, de forma que al pisar la nieve la dejaba sin su frialdad. Cuenta la Historia que una noche, un criado acompañó al santo rey, y, compadecido éste del frío de su criado, le ordenó que le siguiese poniendo los pies en las huellas que él dejaba, con lo cual el criado ya no sentía el frío.

En las *Visititas* leerás otros ejemplos del empeño que las almas enamoradas de Dios tuvieron en frecuentar la presencia del Santísimo Sacramento, y verás que todos los santos estuvieron entusiasmados de esta dulcísima devoción. Y verdaderamente no podemos encontrar en la tierra gozo más puro ni más apetecible tesoro que Jesús Sacramentado. Ciertamente, entre todas las devociones, esta de visitar a Jesús en el Sacramento es la primera, después de la recepción de los Sacramentos; la más agradable a Dios y la más útil para nosotros. No demores, pues, alma devota, el comenzarla tú también, y apartándote del trato de los hombres, emplea de hoy en adelante, todos los días, algún tiempo, al

menos media hora o un cuarto, en alguna iglesia ante Jesús Sacramentado. *Gustad y ved cuán suave es el Señor* (Ps., 33, 9). Pruébalo por experiencia, y verás el provecho que sacarás de ello. No olvides que el tiempo que gastes en conversar devotamente ante este divinísimo Sacramento será el más provechoso de la vida y el que más te consolará en la muerte y en la eternidad. Y ten sabido también que tal vez ganes más en un cuarto de hora de oración ante Jesús Sacramentado que en todos los demás ejercicios espirituales del día. Dios, en todo lugar, ciertamente, escucha las plegarias de quien le invoca, ya que prometió: *Pedid y recibiréis* (Jn., 16, 24). Pero el discípulo enseña que Jesús en el Santísimo Sacramento dispensa más abundantemente sus gracias a quien lo visita.

El beato Enrique Susón decía también que Jesucristo, Sacramentado en los altares, atiende más que en cualquier otra parte las oraciones de los fieles. ¿Dónde tomaron las almas santas más hermosas resoluciones que al pie del Santísimo Sacramento? ¿Y quién sabe si tú, ante una custodia, te decidirás a darte totalmente a Dios?

Es preciso dar a conocer en este libro, al menos por agradecimiento a mi Jesús

Sacramentado, esta verdad: que gracias a la devoción de visitar al Santísimo Sacramento, aunque practicada por mi con tanta frialdad e imperfección, me encuentro fuera del mundo en que por mi desgracia viví hasta la edad de veintiséis años. ;Feliz tú, si, más pronto que yo, puedes apartarte del siglo y darte totalmente a aquel Señor que se entregó por completo a ti! Dichoso tú, repito, no solamente en la eternidad, mas también en esta vida! Créeme que todo es locura: banquetes, comedias, charlas, diversiones. Tales son los bienes del mundo, bienes, empero, llenos de hiel y de espinas; cree al que tiene experiencia de ello y la está lamentando. Y ten por cierto que el alma que habla con un poco de recogimiento ante el Santísimo Sacramento recibe más consuelos de Jesucristo que los que recibiría del mundo, con todos sus banquetes y diversiones. ;Oh, qué agradable es permanecer ante un altar con fe y con un poco de tierna devoción, conversando familiarmente con Jesucristo, que está allí precisamente para escuchar y atender al que le ruega, le pide perdón por los disgustos que le ha causado, le manifiesta su necesidad, como el amigo al amigo en el que tiene completa confianza, suplica sus gracias, su amor y el paraíso. Y, sobre todo, ;qué ventura es

conversar amorosamente con el Señor, que sobre el altar está rogando al Eterno Padre, ardiendo en llamas de amor hacia nosotros! Este amor es el que le hace permanecer escondido, desconocido e incluso despreciado de los hombres. Mas ¿para qué más palabras? *Gustad y ved.*

II.—DE LA VISITA A MARÍA SANTÍSIMA

Por lo que hace a las visitas a María Santísima, es célebre, y seguida comúnmente la sentencia de San Bernardo, de que Dios no concede gracia alguna si no es por manos de María. De aquí que el Padre Suárez asegure que hoy es sentir general en la Iglesia universal que la intercesión de María no sólo es útil, sino también necesaria para conseguir las gracias. Prueba de ello es el notar que la santa Iglesia aplica a María las palabras de la Sagrada Escritura, que pone en sus labios, cuando dice que en ella está toda la esperanza de vida y de virtud, por lo cual nos invita a que vayamos a ella. Venid a mí, nos dice, porque soy la esperanza de todo vuestro bien. Y a continuación añade: *Fe-
liz el hombre que me escucha y hace guar-
dia todos los días a mis puertas* (Prov. 8,

34). Dichoso el que es diligente en acudir a diario a las puertas de mi poderosa intercesión, pues, hallándome, hallará la vida eterna. Con razón quiere la santa Iglesia que llamemos todos a María Santísima nuestra esperanza: Dios te salve..., esperanza nuestra.

San Bernardo, que llegó a llamar a María «toda la razón de su esperanza», nos exhorta a que busquemos la gracias y la busquemos por medio de María; de otro modo, añade San Antonino, si pidiéramos las gracias sin su intercesión, sería como si quisiéramos volar sin alas, y no alcanzariamos nada.

En el libro del Padre Auriemma, *Afectos recíprocos*, las innumerables gracias otorgadas por la Madre de Dios a cuantos practican esta utilísima devoción de visitarla a menudo en sus casas y en sus imágenes, las gracias que dispensó en tales visitas a San Alberto Magno, al abad Ruperto, al Padre Suárez, alcanzándole especialmente el don del entendimiento, con lo que tan célebres fueron después en la Iglesia por su saber; las gracias que concedió a San Juan Berchmans, de la Compañía de Jesús, el cual solía visitar a diario a María en una capilla del Colegio Romano, haciendo protesta de renunciar a todos los amores mundanos para amarla

solamente a Ella, después de Dios, en fe de lo cual tenía escrito al pie de una imagen de la amada Señora: «No descansaré hasta que haya logrado un tierno amor a mi Madre.» Léanse las gracias que dispensó a San Bernardino de Siena, que en su juventud no cesaba de visitarla diariamente en una capilla cercana a la ciudad, diciendo que aquella Señora le había robado el corazón, por lo que la llamaba su amada, y decía que no podía menos de visitarla con frecuencia, obteniendo después, por su mediación, la gracia de abandonar el mundo y llegar a ser el gran santo y apóstol de Italia.

Así, pues, procurad también vosotros diariamente unir siempre a la visita al Santísimo Sacramento la visita a María Santísima, en una iglesia o, al menos, en casa, ante una devota imagen suya. Y si la practicaseis con afecto y confianza, tendréis esperanza de que recibiréis extraordinarias mercedes de esta Señora agradecidísima, que, en sentir de San Andrés Cretense, acostumbra pagar con grandes dones los más mínimos obsequios.

*Dulce María, esperanza mía,
a quién se podría olvidar de Ti?
Ten, Reina mía, piedad de mí.*

III.—DE LA COMUNIÓN ESPIRITUAL

Como en cada visita se sugiere una Comunión espiritual, será bien que digamos lo que es y el fruto que produce. Consiste, dice Santo Tomás, en un deseo ardiente de recibir a Jesús Sacramentado, y en darle interiormente un amoroso abrazo, como si en realidad lo hubiéramos recibido.

Manifestó el Señor a su sierva Paula Maresca, fundadora del monasterio de Santa Catalina, en Nápoles, lo mucho que le agradan las Comuniones espirituales y los favores que en ellas concede, mostrándole dos vasos, el uno de oro y el otro de plata, y diciéndole que en el primero guardaba sus Comuniones sacramentales, y, en el segundo, las espirituales.

También dijo a la beata Juana de la Cruz que cada vez que comulgaba espiritualmente recibía una gracia semejante a la de la Comunión sacramental.

Pero, sobre todo, basta saber que el sagrado Concilio Tridentino alaba el uso de las Comuniones espirituales y exhorta a los fieles a tan útil devoción.

Por eso la practican tanto las personas piadosas. El beato Pedro Fabro, primer compañero de San Ignacio de Loyola, de-

cía que para comulgar bien sacramentalmente sirve sobre manera la Comunión espiritual.

Así, pues, las personas que deseen ir creciendo en el amor de Jesucristo, son exhortadas a hacer, al menos, una Comunión espiritual en cada visita al Santísimo Sacramento, y otra en cada misa que oigan, aunque sería mejor que fuesen tres, una al principio, otra al medio y otra al fin del Santo Sacrificio. Es ésta una devoción de utilidad mucho mayor de lo que algunos juzgan, al mismo tiempo que es muy fácil. Decía la beata Juana de la Cruz, ya mencionada, que el comulgar espiritualmente se puede hacer sin que nadie lo advierta, sin estar en ayunas y sin licencia del confesor, porque a cualquier hora que uno quiera, y con un solo acto de amor, está hecha.

ACTO

para comulgar espiritualmente (1)

Creo, Jesús mío, que estáis en el Santísimo Sacramento. Os amo sobre todas las cosas y deseo recibiros; pero no pudiendo hacerlo ahora sacramentalmente, venid, a lo menos, espiritualmente, a mi corazón. Y como si ya os tuviese conmigo, os abrazo y me uno con Vos; no permitáis que vuelva a separarme de Vos.

O más breve

Creo, Jesús mío, que estáis en el Santísimo Sacramento; os amo y os deseo recibir; venid a mi corazón. Os abrazo y os pido que no os apartéis de mí.

(1) Por cada acto de Comunión espiritual, con cualquier fórmula, se ganan tres años de indulgencia plenaria, al mes, con las condiciones acostumbradas (*Enchir. Indulg.*, n. 164).

ORACION PREPARATORIA

Para todos los días

Señor mío Jesucristo, que por el amor que tenéis a los hombres estáis de noche y de día en este Sacramento, todo lleno de piedad y de amor, esperando, llamando y recibiendo a todos los que vienen a visitaros: creo que estáis presente en el Sacramento del altar; os adoro desde el abismo de mi nada, y os doy gracias por todos los beneficios que me habéis hecho, especialmente por haberme dado a Vos mismo en este Sacramento; por haberme concedido por abogada vuestra Santísima Madre María y haberme llamado a visitaros en este lugar santo. Adoro hoy vuestro amantísimo Corazón, y deseo adorarlo por tres fines: el primero, en agradecimiento de esta tan rica dádiva; el segundo, para desagravia-

ros de todos los ultrajes que habéis recibido de todos vuestros enemigos en ese Sacramento, y el tercero, porque deseo en esta visita adoraros en todos los lugares de la tierra donde estáis sacramentado con menos culto y más olvido.

¡Jesús mío! Os amo con todo mi corazón; pésame de haber ofendido tantas veces hasta ahora a vuestra infinita bondad, y propongo, con vuestra gracia, no volver más a ofenderos en adelante. Y ahora, miserable como soy, me consagro todo a Vos; os entrego y pongo en vuestras divinas manos toda mi voluntad, afectos, deseos y todas mis cosas. De hoy en adelante, haced, Señor, de mí todo lo que os agrade. Sólo quiero y os pido vuestro santo amor, la perseverancia final y el cumplimiento perfecto de vuestra santísima voluntad. Os encomiendo las ánimas del Purgatorio, especialmente las más devotas del Santísimo

Sacramento y de María Santísima, y os ruego también por todos los pobres pecadores. En fin, amado Salvador mío, uno todos mis afectos con los de vuestro amorosísimo Corazón, y así unidos, los ofrezco a vuestro Eterno Padre, y por el amor que os tiene le pido en vuestro nombre que los oiga y atienda favorablemente. Amén.

Cinco años de indulgencia si se reza delante del Santísimo; plenaria al mes, en las condiciones ordinarias (Enchir. Indulg., n. 182).

ORACION A MARIA SANTISIMA

Para todos los días después de su visita

Inmaculada Virgen y Madre mía María Santísima: a Vos, que sois la madre de mi Salvador, la Reina del mundo, la obogada, la esperanza y el refugio de los pecadores, recurro en este día, yo que soy el más miserable de todos. Os

venero, gran Reina, y os agradezco todas las gracias que hasta ahora me habéis otorgado, especialmente la de haberme librado del infierno, tantas veces merecido. Os amo, Señora amabilísima, y, por el amor que os tengo, os prometo siempre serviros y hacer todo lo posible para que de todos los demás seáis también amada. En Vos pongo todas mis esperanzas y mi eterna salvación. ¡Oh Madre de misericordia!, admitidme por vuestro siervo, y acogedme bajo vuestro manto, y pues sois tan poderosa para con Dios, libradme de todas las tentaciones y alcanzadme fuerza para vencerlas hasta la muerte. ¡Oh Madre mía! Por el amor que tenéis a Dios, os ruego que siempre me ayudéis, pero mucho más en el último instante de mi vida. No me desamparéis hasta verme salvado en el cielo, bendiciéndoos y cantando vuestras misericordias por toda la eternidad. Amén. Así lo espero, así sea.

Tres años de indulgencia; plenaria al mes, con las condiciones ordinarias (Enchir. Indulgent. n. 342).

ORACION A SAN JOSE

Para todos los días después de su visita

¡Oh castísimo esposo de la Virgen María, mi amantísimo protector San José! todo el que implora vuestra protección experimenta vuestro consuelo. Sed, pues, vos mi amparo y mi guía. Pedid al Señor por mí; libradme del pecado, socorredme en las tentaciones y apartadme del mal y del pecado. Consoladme en las enfermedades y aflicciones. Sean mis pensamientos, palabras y obras fiel trasunto de cuanto os pueda ser acepto y agradable para merecer dignamente vuestro amparo en la vida y en la hora de la muerte. Amén.

PRIMERA VISITA

AL SANTÍSIMO SACRAMENTO

Oración preparatoria, pág. 22.

Aquí tienes la fuente de todo bien, Jesús en el Sacramento, el cual dice:

Quien tenga sed, venga a Mí. ¡Cuán abundantes gracias han sacado siempre lo santos de esta fuente divina, donde Jesús reparte todos los merecimientos de su Pasión, como predijo el profeta: Sacarás agua con alegría de las fuentes de salvación (Is., 12).

La condesa de Feria, insigne discípula del beato Padre M. Avila, la cual, siendo religiosa de Santa Clara, era llamada esposa del Sacramento por sus frecuentes y prolongadas visitas al Santísimo, preguntada qué hacía tantas horas allí, respondió: «De buena gana me hubiera estado allí por toda la eternidad. Pues ¿qué? ¿No está allí la misma esencia de Dios, que será el regalado sustento de los bienaventurados?»

¡Dios santo!, preguntar qué haremos en presencia de Jesús sacramentado. Mas yo digo: ¿Y qué clase de bien dejaremos de hacer? Amarle, alabarle, agradecerle y pedirle gracias. ¿Qué hace un pobre en presencia de un rico? ¿Qué un enfermo visitado del médico? ¿Qué un sediento a la vista de una fuente de agua cristalina? ¿Qué un ham-

briento, en fin, ante un espléndido banquete?

¡Oh Jesús mío, amabilísimo, dulcísimo y amantísimo, vida, esperanza, tesoro y único amor de mi alma! ¡Cuánto os costó el quedarnos con nosotros en ese Sacramento! Hubisteis de morir para poder quedar sacramentado en nuestros altares. ¡Y cuántas injurias hubisteis después de sufrir en este Sacramento para socorrernos con vuestra presencia! Todo lo venció vuestro amor y el deseo de ser amado de nosotros.

Venid, pues, Señor; venid, entrad dentro de mi corazón y cerrad para siempre la puerta para que no vuelva a entrar en él criatura alguna a tomar parte en el amor que os es debido y yo quiero consagrarte totalmente a Vos. Amado Redentor mío, sed Vos mi único dueño, y sólo Vos poseedme por completo; y si alguna vez no os obedezco perfectamente, castigadme con rigor para que en adelante sea muy avisado en agradaros como Vos queréis. Haced que no desee ni busque otro contento que el de complaceros, visitaros muchas veces en los

altares, conversar con Vos y recibiros en la sagrada Comunión. Busquen los demás otros bienes, que yo no amo ni deseo sino el tesoro de vuestro amor, y esto es lo que siempre he de buscar al pie del altar. Haced que me olvide de mí, para no acordarme sino de vuestra bondad.

Serafines bienaventurados: no os tengo envidia de vuestra gloria, sino por el amor que tenéis a vuestro Dios y mi Dios. Enseñadme lo que he de hacer para amarle y complacerle.

Jaculatoria.—;Oh Jesús mío! Sólo a Vos quiero amar; sólo a Vos quiero agradar.

Comunión espiritual, pág. 21.

A MARÍA SANTÍSIMA

Otra fuente muy preciosa para nosotros es María, nuestra Madre, tan rica en bienes y gracias, dice San Bernardo, que no hay hombre en el mundo que no participe de ellos. Dios llenó de gracias a María Santísima, como la saludó el angel: *Dios te salve, llena de gracia*

(Lc., 1, 28). Y San Pedro Crosólogo añade que estuvo llena de gracias no para Ella sola, sino también para nosotros, a fin de que del abismo de aquellas gracias participaran todos sus devotos.

ORACION DE SAN EFREN

¡Oh María, oh Virgen por excelencia, siempre pura, siempre inmaculada! ¡Oh Madre de mi Dios! Vos estáis elevada por encima de todos los santos, Vos sois el consuelo de los afligidos, el refugio de los pecadores, la esperanza de los justos! Por Vos tenemos acceso a Dios, ¡oh Reina y Soberana de los ángeles! Acogedme entre los brazos de vuestra misericordia; compadecenos de nosotros y de nuestras miserias. Nos hemos entregado a Vos y consagrado a vuestro servicio; tenemos la dicha de llevar el nombre de siervos vuestros. No permitáis que el enemigo de nuestra salvación nos aparte jamás de Vos y de vuestro divino Hijo para precipitarnos en los abismos eternos. Nos refugiamos, Virgen

santa, bajo vuestra poderosa protección; hacednos sentir sus saludables efectos; obtenednos, sobre todo, un ardiente amor a Dios y la perseverancia en este santo amor.

Jaculatoria.—Causa de nuestra alegría, rogad por nosotros.

Oración, pág. 24.

A SAN JOSÉ

Siervo felicísimo del gran Padre de familia, glorioso Patriarca San José: también a vos, que sois el justo escogido entre todos los justos para ser durante muchos años el depositario de la fuente de toda riqueza como custodio del Redentor del mundo y esposo purísimo de su Madre inmaculada, también a vos acudo humildemente. Abrid a mi alma, debilitada por los vicios, los tesoros de la gracia con la misma generosidad que el prudente José de la ley antigua abrió los graneros del rey Faraón a los hambrientos egipcios.

Sed mi padre, mi protector y mi guía hasta que logre mi eterna salvación. Vos que habéis tenido la dicha singular de vivir y conversar con Jesús y con María, de morir entre sus brazos, y gozáis con ellos las delicias del cielo, enseñadme, dulcísimo protector mío, a ser manso y humilde de corazón como ellos, y como ellos y como Vos, modelo de *todas las virtudes*, y a no tener más voluntad que la voluntad de Dios, para que, no amando en este mundo más que a Él solo, pueda después de una dichosa muerte gozar con Jesús y con María y con vos de las delicias inefables de la gloria.

Jaculatoria.—;Oh glorioso San José! Haced que sea constante en el bien; corregid mis faltas y alcanzadme el perdón de mis pecados.

Oración, pág. 26.

SEGUNDA VISITA AL SANTÍSIMO SACRAMENTO

Oración preparatoria, pág. 22.

Dice el devoto P. Nieremberg que, siendo el pan alimento que comido se consume y guardándole se conserva, quiso Jesucristo quedarse en la tierra bajo las especies de pan, no sólo para ser consumido al unirse al alma de sus amados en la sagrada Comunión, sino también para ser conservado en el Sagrario y hacerse así presente a nosotros, para recordarnos el amor que nos tiene.

San Pablo dice: *Se anonadó a Sí mismo tomando forma de siervo* (Phil., 2, 7) Mas, ¿qué diremos viendo que toma la forma del pan? «Ninguna lengua creada—dice San Pedro de Alcántara—puede declarar la grandeza del amor que Cristo tiene a su esposa la Iglesia, y, por consiguiente, a cada una de las ánimas que están en gracia, porque cada una de ellas es también esposa suya. Pues queriendo este Esposo dulcísimo

partirse de esta vida y ausentarse de su esposa la Iglesia, porque esta ausencia no le fuese causa de olvido, dejóle por memorial este Santísimo Sacramento (en que se quedaba Él mismo), no queriendo que entre Él y ella hubiere otra prenda que despertase su memoria, sino sólo Él.»

¡Jesús mío! Ya que estáis encerrado en esa custodia para oír las súplicas de los miserables que vienen a pediros audiencia, oíd hoy la súplica que os dirige el pecador más ingrato que vive entre los hombres. Arrepentido vengo a vuestras plantas, conociendo el mal que hice en disgustaros, por lo que primeiramente os pido me perdonéis cuanto os disguste ¡Ojalá nunca, Dios mío, os hubiera ofendido! ¿Y sabéis lo que luego deseo? Desde que conocí vuestra suma amabilidad, me enamoré de Vos y siento un deseo extraordinario de amaros y daros gusto; mas si no me ayudáis, no tengo fuerzas. Dad a conocer, Excelso Señor, al cielo vuestro sumo poder y vuestra infinita bondad; convertidme, de rebelde contra Vos, en aman-

te vuestro. Vos lo podéis hacer. Suplid lo que a mí me falta, para que llegue a amaros mucho, o a lo menos tanto cuan-
to os ofendí. Os amo, Jesús mío, sobre todas las cosas, os amo más que a mi vida, Dios mío, amor mío y mi todo.

Jaculatoria.—Dios mío y todas mis cosas.

Comunión espiritual, pág. 21.

A MARÍA SANTÍSIMA

«Lleguémonos, pues, con segura con-
fianza al trono de la gracia, para que alcancemos misericordia y hallemos la gracia a fin de ser socorridos en el tiem-
po oportuno.» Dice San Antonio que ese trono es María, en el que Dios dispensa todas las gracias. ¡Oh Reina amabilísima!, si tanto deseáis ayudar a los pe-
cadores, aquí tenéis un gran pecador que a Vos acude; ayudadme con todo vues-
tro poder y hacedlo pronto.

ORACION DEL MISMO SAN EFREN

¡Oh poderosa Reina del Universo, Soberana llena de ternura y de bondad para todos los que os invocan! Vos sois cerca de Dios la abogada de los pecadores, el puerto seguro de los que han naufragado; sois la fuerza de los débiles, el consuelo de los afligidos, el refugio y el asilo de todos los que confían en Vos. ¡Oh Virgen Madre llena de gracias! Interceded por mí ante vuestro divino Hijo, y con vuestra intercesión iluminad mi entendimiento, abrasad mi corazón y desatacad mi lengua para que pueda celebrar vuestras alabanzas y cantar este angélico canto tan digno de Vos y tan dulce para los que os aman. ¡Salve, oh el más asombroso prodigo que jamás ha existido sobre la tierra! ¡Salve, oh obra maestra de las manos del Omnipotente!, ¡paraíso de delicias, fuente inagotable de gracias, mediadora entre Dios y los hombres! El cielo y la tierra celebren por siempre tus alabanzas. Yo

me uno a ellas para ofreceros el homenaje de un corazón que para siempre os quedará consagrado.

Jaculatoria.—Os diré con San Agustín: Unico refugio de los pecadores, ten misericordia de mí.

Oración, pág. 26.

A SAN JOSÉ

Vedme humildemente postrado a vuestros pies, custodio fidelísimo de mi bondadoso Jesús y castísimo esposo de mi piadosa Madre María. ¡Qué pobre, qué desgraciado soy! Quiero amar a Jesús y a María, y me esfuerzo en vano en hacer protestas de amor. Y es que mi corazón está helado, no está abrazado en el fuego del divino amor, no tiene caridad. Acudid solícito en auxilio de este miserable pecador.

Pedid vos al divino Jesús, que tantas veces acariciasteis en vuestros brazos y estrechasteis contra vuestro amante corazón, que derrame sobre el mío *el fuego de su amor*, de aquel amor que hacía

exhalar a Santa Teresa profundos y tiernos suspiros. Pero, ¿cómo me atrevo a pediros esta gracia, si tampoco a vos os amo?

Infundidme una devoción tan viva y tan tierna como la que os tenía aquella venerable hija del Carmelo, Sor Margarita, para que, como a ella, me alcancéis la gracia de ser purificado de toda mancha de culpa, porque sólo así seré digno de amar a Jesús y a María y de merecer vuestra poderosa protección.

Jaculatoria. — Ofreced, glorioso protector mío, a vuestro divino Hijo la rectitud de mis sentimientos y alcanzadme el amor que humildemente os pido.

Oración, pág. 26.

TERCERA VISITA

AL SANTÍSIMO SACRAMENTO

Oración preparatoria, pág. 22.

Teniendo mis delicias entre los hijos de los hombres (Prov., 8, 31). He aquí nuestro Jesús, que, no contento con ha-

ber muerto en la tierra por nuestro amor, quiso, después de su muerte, quedarse con nosotros en el Santísimo Sacramento, declarando que encuentra sus delicias entre los hombres. «Cuando considero—decía Santa Teresa—en cómo decís que son vuestros deleites con los hijos de los hombres, mucho se alegra mi alma... ¡Y que todo esto olvidemos los mortales!» Jesús halla sus delicias con nosotros, y nosotros, ¿no las hallaremos en estar con Jesús, nosotros señaladamente, que tenemos el honor de habitar en su palacio? ¿Cómo se juzgan honrados los vasallos a quienes el rey da lugar en el alcázar? Pues he aquí el palacio del Rey, ésa la casa donde habitamos con Jesucristo. Sepamos serle agradecidos y aprovechar su trato.

Aquí me tenéis, Señor y Dios mío, delante de este altar donde habitáis noche y día por mi amor. Vos sois la fuente de todo bien, médico de todo mal; tesoro de los pobres. Aquí tenéis a vuestros pies un pecador, entre todos el más pobre y el más enfermo, que os pide misericordia; tened compasión de mí. No

quiero que me desanimen mis miserias, pues veo que en este Sacramento bajáis del cielo a la tierra sólo por hacerme bien. Os alabo, os doy gracias, os amo, y si queréis que os pida una limosna, os pido ésta: oídme favorablemente: no quiero ofenderos más; dadme luz y gracia para amaros con todas mis fuerzas. Señor, os amo con toda mi alma, os amo con todo mi corazón. Haced que lo diga de veras, y lo diga siempre, en esta vida y por toda la eternidad. María Santísima, santos mis abogados, ángeles y bienaventurados todos del cielo, ayudadme a amar a mi amabilísimo Dios.

Jaculatoria.—; Jesús, buen Pastor, verdadero pan, ten misericordia de nosotros. Apacíentanos, defiéndonos y haz que veamos tus bienes en la tierra de los vivos.

Comunión espiritual, pág. 21.

A MARÍA SANTÍSIMA

Sus lazos, cordón de púrpura violeta (Eccli., 6, 31). Dice el devoto Perbarto que la devoción a María es cadena de

predestinación. Pidamos a nuestra Señora que nos ate siempre con las cadenas del amor a la confianza de su amparo.

ORACION DE SAN GERMAN

¡Oh, mi poderosa protectora y mi verdadero consuelo, después de Dios, en este mundo! Vos, que sois el celeste rocío que endulza mis penas, Vos que sois la luz de mi alma cuando está rodeada de tinieblas, Vos que sois mi guía en mis flaquezas, mi tesoro en mi pobreza, mi remedio en mis heridas, mi alegría en todos mis pesares, mi refugio en todos mis peligros, la esperanza de mi vida y de mi salvación, dignaos escuchar mis súplicas, interesaros por mis males y tened compasión de mí como conviene a la Madre de un Dios que tiene tanta bondad y amor para con los hombres; que es su Padre y os ha designado para ser Madre suya. Ponedme en el número de vuestros queridos hijos y obtenedme de Dios todas las gracias que veis ser ne-

cesarias para la salvación de mi alma.

Jaculatoria.—;Oh clementísima, oh piadosa, oh dulce Virgen María!

Oración, pág. 24.

A SAN JOSÉ

¡Cuán miserable me considero, bendito Padre adoptivo de mi adorable Redentor, cuando contemplo la fe sublime que os acompañó en todos los actos de vuestra vida admirable, y especialmente en vuestra dichosa muerte, y las dudas y desconfianzas que a veces me asaltan y terriblemente me persiguen! Y es que la fe es una consecuencia de la hermosa caridad que vos poseíais en alto grado, y yo, por desgracia mía, no poseo. Es que la caridad es Dios, y vos vivíais en Dios, y yo vivo apartado de Él.

Por eso vos, con los ojos siempre fijos en Dios y en su santa ley y en las eternas recompensas, vivisteis consagrado en absoluto a su servicio en las sacratísimas personas de Jesús y de María, mientras que yo, apegado a las

cosas de la tierra, vivo, ¡ay!, enteramente olvidado de mi Dios, de las sublimes misericordias de Jesús y de los sacrificios de su bendita Madre, por seguir los impulsos de mi viciada voluntad.

Alcanzadme, bondadoso protector mío, la *vivísima fe* que os animó hasta la muerte, para que, creyendo firmemente que en sólo Dios está mi felicidad, a sólo Él ame con toda mi alma.

Jaculatoria.—;Oh piadoso San José! Proteged y aumentad mi fe.

Oración, pág. 26.

CUARTA VISITA

AL SANTÍSIMO SACRAMENTO

Oración preparatoria, pág. 22.

Su trato no tiene aspereza ni su convivencia es tediosa (Sap., 8, 16). Los amadores del mundo hallan tal gusto entre sí, que pierden días enteros conversando juntos. Con Jesús Sacramendo sólo se aburre quien no le ama. Los

santos hallaron el paraíso ante el Santísimo Sacramento. Santa Teresa, después de su muerte, dijo desde el cielo, apareciéndose a una religiosa: «Los del cielo y los de la tierra seamos una misma cosa en pureza y amor. Los de acá, gozando; los de allá, padeciendo. Nosotros, adorando la esencia divina; vosotros, al Santísimo Sacramento; y di esto a mis hijas.» (Declaración de la sobrina de la santa, 2.º proceso de Avila (1610), a. 96).

He aquí, por tanto, nuestro paraíso en la tierra, el Santísimo Sacramento.

¡Oh Cordero sin mancha y sacrificado por nosotros en la cruz! Acordaos que yo soy una de aquellas almas que redimisteis con tantos dolores y con vuestra muerte. Haced que Vos seáis mío y que no os pierda más, puesto que os entregasteis a mí y os dais a diario, sacrificándoos por mi amor en los altares, y haced a la vez que sea yo todo vuestro. A Vos me entrego para que hagáis de mí lo que os agrade. Os doy mi voluntad; encadenadla con los dulces lazos de vuestro amor para que sea siempre es-

clava de vuestra santísima voluntad. Ya no quiero vivir para satisfacer mis deseos, sino sólo para dar gusto a vuestra bondad. Destruid en mí cuanto no os agrade; concededme la gracia de que no tenga otro pensamiento que el de agradaros ni otro deseo que el de deseáros. Os amo, querido Salvador mío, con todo mi corazón; os amo, porque deseáis que os ame; os amo, porque sois muy digno de mi amor; tengo pena de no amaros cuanto merecéis. Quisiera morir por vuestro amor. Aceptad, Señor, mi deseo y dadme vuestro amor. Amén. Así sea.

Jaculatoria.—¡Oh voluntad de mi Dios!, a ti me consagro sin reserva.

Comunión espiritual, pág. 21.

A MARÍA SANTÍSIMA

Yo soy la Madre del amor hermoso (*Eccli.*, 24, 24), dice María, es decir, del amor que hermosea las almas. Santa María Magdalena de Pazzi vio a María Santísima que iba repartiendo un suave licor, que no era sino el amor divino. Es-

te don sólo por María se concede; pidámoslo, pues, a Ella.

ORACION DEL MISMO
SAN GERMAN

¡Oh María, Soberana del Universo! Vos, que sois nuestra alegría, nuestro apoyo y nuestra defensa, interesaos por mí ante el Señor, obtenedme la gracia de volverme digno de gozar un día de esta felicidad que Vos gozáis actualmente en el cielo. Sí, yo os lo suplico, oh Reina mía, refugio mío, esperanza mía, alegría mía y, después de Dios, vida mía!: haced que yo obtenga con Vos un puesto entre los escogidos. Sé que por ser la Madre de Dios podéis obtenerme este favor, si lo pedís para mí. ¡Oh Virgen siempre sin mancilla! Vos sois omnípotente cerca de Dios para salvar los pecadores y consolar los afligidos; y yo sé también que para compadeceros de nuestras miserias no necesitáis otra re-

comendación, pues sois por excelencia la Madre de misericordia.

Jaculatoria.—Madre mía, esperanza mía, hacedme todo de Jesús.

Oración, pág. 24.

A SAN JOSÉ

Aquí me tenéis Patrono universal de la Iglesia de Jesucristo; aquí me tenéis confiado, sí, en la bondad infinita de mi Redentor Jesús y en la piedad de mi cariñosa Madre María, pero sumamente desconfiado de mí mismo. ¡Ay! ¿Qué confianza puedo tener? ¿Qué sólida esperanza de salvación puede abrigar el mísero pecador que, como yo, no tiene caridad ardiente, ni fe viva, ni paciencia, ni compasión hacia su prójimo? A vos, pues, acudo en demanda de la *risueña virtud de la esperanza*. De vos, que la sorprendisteis en la divina sonrisa de Jesús, complacido de vuestra abrazada caridad y de vuestra fe inquebrantable, espero conseguirla, pero tan fir-

me y profunda, que todos los esfuerzos de Satanás sean insuficientes para arrancarla de mi corazón. Conseguidme para esto un amor intensísimo a mi adorable Redentor y una fe sin límites en su infinita misericordia, y mi esperanza será entonces firme y segura, porque no solamente se fundará en la bondad del Corazón de Jesús, sino también en mis buenas obras, a imitación vuestra. En vos, glorioso Patriarca, confío y espero. No consintáis que me falte nunca, y, sobre todo, en la hora de la muerte, la salvadora, la bendita y consoladora esperanza.

Jaculatoria.—Modelo de todo linaje de virtudes, alcanzadme la dicha de imitaros en vuestra esperanza.

Oración, pág. 26.

QUINTA VISITA AL SANTÍSIMO SACRAMENTO

Oración preparatoria, pág. 22.

Aun el pajarillo encontró casa y la golondrina su nido para poner sus pollue-

los: tus altares, Señor de los ejércitos, Rey mio y Dios mio (Ps. 83, 4). El gorroncillo, dice David, encontró habitación en las casas y la tortilla en los nidos; mas Vos, Rey mio y Dios mio, anidasteis y moráis en los altares de la tierra para haceros hallar y permanecer en nuestra compañía. Señor, forzoso es confesar que sois con demasiá amante de los hombres y que no sabéis qué más hacer para haceros amar de ellos. Pues haced ahora, Jesús mio amabilísimo, que también nosotros nos apasionemos por Vos, porque no es razón el amar con frialdad a un Dios que nos ama con tanto amor. Atraednos con los dulces atractivos de vuestro amor y hacednos conocer las bellas prendas que tenéis para conquistarnos el corazón. ¡Oh Majestad infinita y bondad infinita! Amasteis tanto a los hombres y tanto hicisteis para ser amado de ellos, que no se explica cómo son tan pocos los que os aman. No quiero pertenecer, como en el pasado, al triste número de estos ingratos; estoy resuelto a amaros cuanto pueda y no amar sino a Vos; Vos lo merecéis, Vos

lo mandáis con tantas insistencias, y yo quiero contentaros. Haced, ¡Dios de mi alma!, que os agrade plenamente. Os lo suplico por los merecimientos de vuestra Pasión, y por ellos lo espero. Los bienes de la tierra dadlos a quien los deseé; lo que yo quiero y busco es el gran tesoro de vuestro amor. Os amo, Jesús mío; os amo, bondad infinita. Vos sois toda mi riqueza, todo mi contento, todo mi amor.

Jaculatoria.—Jesús mío, os disteis todo a mí; yo me doy todo a Vos.

Comunión espiritual, pág. 21.

A MARÍA SANTÍSIMA

Señora mía, San Bernardo os llama robadora de corazones; dice que andáis robando corazones con vuestra hermosura y bondad; robad, os suplico, también mi corazón y mi voluntad, que os entrego por completo, para que, unida con la vuestra, la ofrezcáis a Dios.